

Mañana sólo habrá cristales rotos.

La mañana ha amanecido lluviosa, como ayer, como antes de ayer, como todos los días durante los últimos meses. Parece que el cielo llora intentando sofocar las llamas del mismo infierno. Pero sólo son nubes negras.

Tengo pocas esperanzas de volver a casa, así que cierro la puerta, retrocedo unos pasos y la miro por última vez. Es un adiós sin palabras. Doy la vuelta y comienzo a caminar hacia la estación de tren.

Hannover me aparece triste y fría. La gente camina con la cabeza entre los hombros, mirando al suelo buscando la seguridad de lo horizontal. Creo que temen que la tierra se abra y seamos fagocitados por un gran monstruo que acabe con todos nosotros. Tal vez el monstruo ya llegó entre luces de neón rojas y blancas, tal vez. Y tal vez lo trajimos nosotros... tal vez.

Llego temprano al andén. No tengo prisas por marcharme y dejar atrás toda mi vida, pero mi esposa y mi hijo me esperan refugiados en la seguridad de París, y allí debo llegar para empezar de nuevo en libertad, sin miedos. Busco el tren que me llevará junto a los míos, pero aún no se divisa su larga figura desde el apeadero.

No estoy solo. El andén está invadido por una marea dócil de retinas saladas en las que únicamente habita el pavor. Visten los mejores trajes que aún conservan y sus escasas pertenencias las reparten entre huecos bolsillos y pesadas maletas desvencijadas. Una niña pequeña es la única que sonríe bajo el pesado fardo que soportan sus espaldas. Para ella todavía existe el juego y esto no es más que una divertida aventura. Le devuelvo la sonrisa y añoro en el silencio del abarrotado andén la inocencia de la infancia. De pronto todos los ojos se vuelven en la misma dirección y la sumisa marea se transforma en una informe masa de huesos y pellejos movida por el ominoso viento del terror. Sigo la corriente de las miradas y mis peores sospechas se confirman. Dos agentes de la Ordnungspolizei han comenzado a pedir a los viajeros que se encuentran más alejados de la vía la documentación. La primera persona a la que se la han demandado es a un pobre anciano que por los surcos que le recorren la cara y lo encorvado de su espalda debe tener más de setenta años. El agente le dice algo con gesto brusco, pero desde el lugar en el que me encuentro no puedo escucharlo. El viejo no se mueve, ni siquiera mira a su grosero y agresivo interlocutor. Éste vuelve a decirle algo, ahora con su rostro tan cerca de la del abuelo que sus narices se rozan. No hay contestación. La tensión crece y el resto de las ovejas que formamos el rebaño tememos en silencio el desenlace. Ninguno de nosotros quiere reaccionar, sólo callamos y miramos de reojo, incluso cuando el agente agarra al anciano del grueso abrigo y lo zarandea con violencia, lanzándole un revés que hace tambalear la sombra del viejo. Pero éste no cae, permanece en pie con la mirada clavada en las relucientes botas negras de su agresor. Finalmente, el agente le tira la documentación al suelo y le escupe a la cara, acercándose a una nueva víctima y abandonando al estéril viejo. El abuelo, cuando la bota sale de su campo de visión, se agacha y recoge la documentación con la que podrá ganar la libertad. Ha resistido el envite y ha salido triunfante. Sólo una extensa mancha en su entrepierna grita el precio que ha pagado por seguir siendo. El resto de nosotros nos preguntamos en silencio qué somos...

La pareja de guardias continúa con su tosca y prepotente pesquisa y los que allí aún aguardamos el tren rezamos cada uno a nuestro dios para que no nos toque el azar. Esperemos que Einstein tenga razón y Dios no juegue a los dados...

Quiero tranquilizarme y pienso que no pasará nada, que no me pedirán las credenciales, que será una comprobación rutinaria, que el ferrocarril llegará pronto...

- La documentación.

Inclino la cabeza hacia delante y oculto la mirada. Nervioso y con dedos trémulos rebusco entre los bolsillos interiores de mi chaqueta el pase que un amigo de la embajada alemana en París me ha arreglado. Se la entregó y espero. No habrá problemas, me repito. No han detenido a nadie, simple rutina.

- Aquí tiene.

Veo como mi permiso aparece de nuevo ante mis ojos y avanzo mi mano temblorosa para recogerlo. Ya casi estoy...

-Un momento traiga esa documentación.

Las ganas de vomitar embargan mi boca y mi estómago. Las bastas botas militares negras del inofensivo agente de la Orpo desaparecen y por un instante mi mano queda libre y suspendida en el aire asiendo lánguidamente el pase a la libertad. Pero aquella voz histriónica, enfundada en botas de elegante elaboración en piel curtida de vaca, me arrebató el permiso para soñar. Esperé unos segundos y entonces alcé un poco la mirada y el llanto se quebró en mi garganta, junto al vómito. Delante de mí tenía a la misma parca. De figura estilizada, ceñida en un guante de cuero de grandes solapas y con la guadaña tatuada en el hombro en forma gamada. Bajo la mirada y los segundos se vuelven vidas enteras. Silencio.

El esqueleto con la insignia de la Geheime Staats Polizei no dice nada, aunque intuyo que estará escrutándome y pensando cuánto debe valer mi alma.

- Acompáñame, Zindel Gryszpan.

La muerte tiene voz y me llama por mi nombre. Al fondo, el tren aúlla en el túnel anunciando su presencia redentora, aunque para mí el tiempo ha terminado. El suelo ha cumplido su promesa y se ha abierto a mis pies. Escucho también la esperanza que nace de nuevo en los que iban a ser mis compañeros de viaje. Esperanza mezclada con mensajes silenciosos entre los que hubo varios *lo siento* y algunos complacientes *suerte*. Soy el pasaporte a su libertad.

Me despido del tren, de mi gente, de la estación, de mi vida, y me voy escoltado por los dos guardias de la Orpo y seguido por el descarnado agente de la Gestapo, que se ha quedado con mi documentación y pronto me arrancará el resto. Adiós Hannover, adiós París.

Creo que no volveré a ver la luz. Tal vez, con suerte, pronto vea otra luz, otro túnel... quizá todo sea rápido.

\*\*\*\*\*

No he podido dormir en toda la noche.

Ayer recibí una carta de mi padre y sus palabras me inquietaron. Hace más de siete meses que salimos de Alemania, con lágrimas en los ojos y grises pañuelos de despedida. Mi padre se quedó allí, en el andén. Y desde entonces no he sabido nada de él. Hasta ayer. Por eso no dormí. Sólo he dado vueltas excitado entre mis solitarias sábanas, pensando. Sólo cuando he adoptado la decisión he podido rendirme a Morfeo, víctima del cansancio y de cierta tranquilidad. Ahora el sol ya rasga con su roja cuchilla los vestigios nocturnos, llamando a los obreros a las fábricas.

Me levanto decidido, me miro al espejo y comienzo a afeitarme. Debo acudir a tan importante cita preparado y aseado. Me harán fotos y probablemente esté la prensa. El traje con el que abandoné mi hogar lo planché ayer por la tarde y está en condiciones dignas de llevarlo cualquier galán americano de los que nos hipnotizan cada sábado en los abarrotados cines. Me visto despacio, con delicadeza, no hay prisas, todo está dispuesto y el escenario sabrá esperar al actor principal.

Es 7 de noviembre y el espectáculo debe comenzar.

Salgo a la calle y abandono el pequeño apartamento que desde mi llegada a París ha hecho las veces de hogar. Nada parecido a la casa familiar en la que nací y crecí, pero resulta más confortable y menos húmeda que la fosa común en la que yacen muchos de los míos, entre los escombros de sus propios hogares.

Camino resulto, sonriente, pues sé que después de tanta espera por fin me reuniré con mi padre.

Ahí está la embajada, con su bandera ondeante y sus cuidados jardines. El conde Johannes von Welczeck aguarda mi llegada.

\*\*\*\*\*

Ayer acudí a una nueva fiesta dada por la embajada a mayor gloria del führer. Ese maldito hijo de puta está acabando con Alemania en nombre de la propia Alemania y nadie hace nada para impedirlo. Los refugiados no paran de llegar a París contando los desmanes que está descerrajando sobre la nación. Hablan de campos de prisioneros donde se hacinan los disidentes políticos, hablan de una fuerte represión policial que ahoga cualquier tipo de oposición, hablan de la masacre racial a la que está sometiendo a gitanos y judíos, hablan de torturas, de fusilamientos, y de tantas otras cosas...

Espero que Francia e Inglaterra actúen pronto y le paren los pies porque si no pronto será demasiado tarde. La militarización es evidente y las actuaciones que desde Berlín nos imponen a los consulados tienen como destino el preparar el terreno para un inminente ascenso de la beligerancia, sedando una posible reacción de las

potencias militares europeas. En Alemania ya está casi todo perdido pero el desastre podría extenderse y la sombra nazi afila sus garras sobre el resto del continente. Espero que alguien lo vea y reaccione.

Por mi parte, sólo puedo prestar apoyo a las redes de compatriotas que desde el exilio tratan de sacar al mayor número de alemanes amenazados por la máquina de destrucción nacionalsocialista. Es una tarea dura y perseguida con firmeza por la Gestapo, que ha infiltrado a sus perros de presa en todos los estamentos de la vida germana. Incluso entre nosotros sé que hay informantes para la policía política de Hitler y también sé que han comenzado a investigarme. Han pinchado mis teléfonos y me siguen por la calle, pero es un riesgo que merece la pena correr. Cada vida que conseguimos salvar nos redime un poco del engañado voto con el que, ilusionados, participamos en la entronización *democrática* del horror.

Menos mal que el dinero aún ablanda la piedra que late en el pecho de cualquier nazi, y el brillo ávido que luce en sus ojos ante el oro los ciega durante el tiempo justo para liberar de la brutalidad a unos pocos indefensos.

Mañana me reúno en mi despacho con Reinhalt Fitzs para ultimar la siguiente operación de salvamento. Serán unos sesenta hermanos judíos los que podrán salir del país y alcanzar la libertad que simboliza París.

¡Dios quiera que mi cargo como Tercer Secretario de la embajada sirva para seguir protegiendo a inocentes!

El oficial ha encendido un nuevo cigarrillo y la ruleta gira de nuevo. Le ha dado tres caladas y el humo se acumula en la estancia en pesadas nubes que sólo dejarán agua en *mis ojos* y en mi dignidad. Espero la cuarta calada. Y temo.

Ahí viene, la cuarta bocanada de niebla, el pistoletazo de salida en el juego con el que la Gestapo entretiene las vacías horas en las largas tardes invernales. El oficial, que me ha hecho compañía durante los últimos cinco días, aspira con ansias mal disimiladas su cigarrillo de manufactura rusa, hasta que genera una ardiente brasa en la punta. Entonces inclina la cabeza hacia atrás y, desde mis ojos abultados por los golpes, observo cómo suelta en delicados bucles el humo de rancio olor. Nuestras miradas se cruzan durante un instante y, antes de humillar la mirada, tiemblo al advertir la sonrisa que me dedica. Siento cómo se levanta y se acerca a mí. Coloca su cigarrillo sobre el dorso de mi mano y lo exprime durante dos interminables segundos. Presiona con fuerza, hasta que la colilla deja de humear tabaco para expeler los gritos de *mi* piel. Se ríe, el leve olor a carne quemada le produce la satisfacción del trabajo bien hecho y en *mis ojos* las nubes ya han comenzado a descargar su contenido.

De pronto, de un manotazo el ufano oficial aparta la colilla apagada sobre el cenicero de mi mano, arrastrando con ella jirones de piel y trozos de humanidad. La herida redonda y supurante se inflama con tranquilidad, mientras el verdugo de negro sale a tomarse un café. Me quedo solo y mis oídos escuchan una lúgubre sinfonía wagneriana interpretada por carcajadas uniformadas. Mientras una esfera brillante y pequeña aparece en mi mano derecha. En la izquierda ya no queda sitio libre desde ayer.

Se abre la puerta y el oficial grita algo que ya no escucho. Su aliento huele a grano recién molido y el aroma me hace viajar con los ojos abiertos a la última tarde que compartí con mi mujer y mi hijo... Soy feliz y una sonrisa se esboza en mi descarnada boca, sin importarme cómo el agente ha cogido una regla metálica y de un golpe seco revienta el grano amarillo que ya coronaba mi mano con majestuosidad. El olor a café se disuelve como el azúcar y el aroma de la putrefacción se adueña de la sala y del dorso teñido de rojo de mi mano.

El oficial sigue gritando con su boca perfecta introducida en mi oído, pero tan sólo parece un sueño. Ahí viene el tren, ya lo veo, al final del túnel, enmarcado en una poderosa luz que me llevará junto a los míos.

Ahí llega.

Ya parto.

Junto a los míos.

\*\*\*\*\*

El tranvía se detiene justo delante de la embajada. Bajo del vehículo y subo las cortas escalinatas blancas que dan acceso al edificio diplomático. Miro mi reflejo en los cristales de la puerta y coloco con orgullo la pajarita en su sitio. Perfecto, mi padre estará orgulloso de mí.

Me dirijo con aire indiferente a uno de los guardias que vigilan el acceso a la embajada. Estoy muy por encima de ellos, y se lo hago saber.

-Quiero ver al conde Johannes von Welczeck. Me está esperando.

El soldado se pone firme, debe temer al embajador y a sus amigos.

-Sí, ¿cuál es su nombre?

-Soy el señor Gryszpan, Herschel Gryszpan.

El guardia asiente y hace una llamada telefónica. Estoy sudando, pero no debe darse cuenta pues mi imagen dejaría de ser convincente y la empresa que me ha llevado hasta aquí se podría tambalear.

Estoy nervioso.

Miro a las personas que deambulan tranquilas por aquel patio y creo que todos se han fijado en mí.

No pasa nada. Instintivamente busco el tacto metálico del revólver que llevo en el bolsillo interior de la chaqueta. El frío me tranquiliza, me da seguridad.

Nadie ha notado nada.

El guardia cuelga y me dice que lo acompañe. Lo hago. Subimos por las escaleras hasta la segunda planta y me deja delante de una puerta de caoba negra en la que reluce la esvástica justo a la altura de los *ojos*. Vuelvo a tocar el revólver y mis dudas se disipan. Lo más difícil ya ha pasado, sólo queda un pequeño asunto...

Abro la puerta de golpe, sin llamar y *cojo* al cerdo desprevenido. Estaba hablando por teléfono y sus *ojos* se han vuelto hacia mí con preguntas que jamás encontrarán respuestas. Al menos en este mundo.

Saco el arma del bolsillo y apunto al nazi. Sus *ojos* ya no preguntan, ahora suplican y el miedo habla comienza a gritar en su particular dialecto.

Disparo una vez y la garganta del nazi revienta delante de mí. El impacto ha sido tan violento que la sangre ha salpicado mi camisa. Disparo de nuevo, y la oreja que ya no escuchaba las palabras que interrogaban desde el auricular, se transforma en una masa humeante de carne informe. Y disparo, disparo y disparo. Cinco detonaciones. Cinco silbidos que desgarran el aire y siegan una vida. Cinco, como cinco fueron los días de camino de mi padre por el calvario de la detención nazi.

Sigo mirando el cuerpo del cerdo, mientras ruidos de botas metálicas y de armas cortas se abalanzan sobre mi espalda. Sé que está muerto y respiro tranquilo, mi padre estaría orgulloso... El cuerpo del nazi por fin se desploma y, sangrando, cae sobre la mesa empujando con la frente sudorosa la placa que enmarcaba el nombre y el cargo del criminal.

- Ernst von Rath, Tercer Secretario.